

raciones cuyo bagaje cultural tuviera a la vez un cimiento sólido y una posibilidad perpetua de incrementarse, aptas para toda evolución progresista, con una arquitectura ágil, no importa de qué estilo, siempre que no fuera el de las pirámides egipcias, porque «cerradas por arriba, no pueden construirse más que tumbas». Quería sistemas abiertos, desde los cuales «se podría ver el cielo, adivinar, suponer, concebir o fantasear . . .». Saber, era para Vaz Ferreira un modo de existir, no un instrumento del hombre. La sinceridad, que fue una de sus virtudes esenciales, le impelía a señalar confusiones, a allanar el camino para los demás, a fomentar la reflexión y la duda, a desconfiar por igual de los optimismos pueriles y de los pesimismo paralizantes. Su trasfondo cauteloso le llevó a la recomendación de ideas y sentimientos que dieran jerarquía a la vida y contribuyeran a enseñarnos a «no agregar, a los dolores y horrores inevitables, el dolor y el horror supremo del pesimismo moral». Una curiosa forma de acción, desengañada por anticipado, no le sustrajo nunca de la actitud militante con que encaró todas sus responsabilidades; aceptó la aventura del pensamiento como una manera de inmolarse, sin rehuirlo, porque el pensar no admite la prescindencia, pero sabiendo los compromisos que comporta: porque «el quijotismo sin ilusión es el más heroico de todos». Entendida la existencia como agonía, fue el gladiador que enfrenta todos los riesgos, buen combatiente que no se aloja en la serenidad confortable, porque «el sujeto con verdadera vida moral, duda y sufre; su vida espiritual es conflictual».

En su estudio preliminar al libro del Maestro, «Sobre feminismo», anotaba Luis Gil Salguero: «Hábilmente visto cómo el pensamiento de Vaz Ferreira a través de la vida, se iba llenando con todas las representaciones del destino, y cómo se integraba, y al hacerse más sabio, vigoroso y vital, llevaba las interrogaciones al seno del enigma. Tenía que ocurrir: el fondo de su pensar se ha hecho silencioso y nocturno y ha tenido que resistir las solicitudes de la realidad y de la tierra, sin desoír las que provenían de lo alto y que se le revelaban como sugerencias y posibilidades infinitas de un mejor conocer y un mejor hacer. La total sabiduría y la vida total han enfrentado sus abismos; más su razón no ha desmayado».

Vaz Ferreira puso en el hombre, su interés máximo, la culminación de

sus desvelados cateos, reemplazando con amor, esas frialdades del raciocinio y esa disciplina sin rigideces que singularizó su modalidad de filósofo creador. Ambicionó convertir al país en un aula gigantesca, donde el individuo aprendiera los postulados éticos que insistentemente planteó, sin flaquear, durante sesenta años de docencia, porque no quería en América universidades que fueran fábricas de médicos o abogados, sino de *hombres* en quienes la dignidad de la conducta constituyera una exigencia moral impostergable. Hombres que construyeran democracias, que conciliasen lo bueno y lo bello, que combatiesen por lo justo, que aunaran la consecuencia ideal del pensamiento con la acción, que buscasen superarse en todos los terrenos, pues «lo que tiene valor es subir todo lo que se pueda, levantando la carga; que la moral se eleve todo lo alto posible, levantando la conducta».

Pero nos estamos saliendo del propósito inicial y estamos cayendo sin quererlo en el afán de bosquejar algunos de los principios anunciados a través de sus libros, incurriendo en lo contrario de lo que Vaz Ferreira aconsejaba: «Reduzcamos a lo estrictamente necesario el mal necesario de resumir a los escritores». No lo intentaremos. La vastedad de su mundo mental escapa al esquema, está más allá de la definición que limita y del resumen que empequeñece.

Una plural actividad no significó, en la vida del Maestro, que dispersara sus energías. Todo lo hizo ahincadamente, con igual fervor, con total abnegación. Como universitario, como guía de juventudes, como ciudadano, como esposo y padre, todo lo cumplió

como varón íntegro, con honradez suprema, con una maravillosa pureza sin deserciones. Su universo entrañable comenzaba y terminaba en los límites de su casa; no hay más que leer la dedicatoria del «Fermentario»: «Para Elvira Raimondi de Vaz Ferreira, por quien, para mí, no todo «lo real fue dolor» y no todo «lo ideal fue sueño», para adivinar el bello y prolongado romance. Dio a los suyos su inagotable tesoro afectivo, y su mujer y sus hijos fueron el eje de sus devociones. No concebía que se pudiera preferir un viaje al recogimiento del hogar. Allí estaba todo lo necesario: los seres queridos, los libros predilectos, la discoteca valiosa. Mujer, hijos, lectura y música, ¿qué más felicidad podía desear un hombre? Reprochaba, sonriente, a Carlos Sabat Ercasty, de padecer de «delirio itinerante», pues sólo comprendía la felicidad total en el seno de la familia. Sólo viajó en contadas ocasiones, por coacción de las circunstancias: alguna vez visitó La Plata o Buenos Aires; en 1946, Río de Janeiro, presidiendo una delegación cultural que compartían el ya citado y andariego Sabat Ercasty y el doctor Prando. Pero su dicha estaba en la casona de Atahualpa, circundada por un jardín umbroso, que no dejaba podar y cuyo seductor desaliño, grato al espíritu, parece poblado de evocaciones.

Su ductilidad interior se manifestaba en la agudeza de las respuestas, a veces maliciosas pero sin acrimonia; desconcertaba al saludador incauto que al darle la mano preguntara, trivial: «¿Qué dice, don Carlos?», con un rápido y certero «¡Lo menos posible . . .!»; y se quedaba sonriendo ante el interlocutor un poco azorado. Nadie olvidará su frase característica, al llegar o al despedirse: «Se saluda . . .», con aquel inconfundible acento suyo, suave y retozón, lleno de reticencias. Nos recriminó siempre haberle dicho «anciano» en un artículo publicado en este Suplemento (7-IV-1957). Ni con golosinas —su única debilidad— compramos su indulgencia. «El chocolate es bueno pero no borra el «anciano», nos rezongaba jovialmente». Nos enternece recordarlo ahora. Como recordaremos siempre la manera fascinante con que muchas veces nos recitó de sobremanera, los sonetos de Antero de Quental que prefería. Aunque alguna vez nos dijo que en cosas del verso era un mero «sentidor», fue sin duda un conocedor serio y profundo quien pudo escribir el famoso tratado «Sobre la

REVISTA IBEROAMERICANA

Publicación dedicada
al estudio y a la difusión de las letras
iberoamericanas.

Director Literario:

Arturo Torres Rioseco.

Director Editor:

Alfredo A. Roggiano.

Pedidos a:

Marshall R. Nason,

Secretario Ejecutivo.

UNIVERSITY OF NEW MEXICO.

Albuquerque, New Mexico.

E. U. A.